

ofrecieron retardar su marcha al puerto y hacer la guerra á la provincia de Tepeaca, á condicion que no se les pondria obstáculo á su partida, despues de terminada.

Hernan Cortés vió logrado su primer objeto: detener á los que trataban de abandonarle. Mas tarde, las circunstancias le señalarian la manera con que debia obrar.

CAPITULO XVIII.

Marcha Cortés á castigar á la provincia de Tepeaca.—Jicotencatl le acompaña al frente del ejército tlaxcalteca.—Cortés, despues de dos batallas ganadas á los mejicanos, entra en la capital de Tepeaca.—Los señores de la provincia ofrecen su alianza á los españoles.—Cortés levanta algunos edificios y fortalezas en Tepeaca, y le da el nombre de Segura de la Frontera.—El señor de Quauhquechollan solicita el auxilio de Cortés para arrojar de su ciudad y provincia á los mejicanos.—Cortés le favorece y las tropas mejicanas son derrotadas.—Los pueblos solicitan ser admitidos por vasallos del rey de España.

Alegre Cortés de haber logrado que los descontentos suspendiesen su marcha, se propuso dar principio á sus operaciones, castigando á algunas tribus próximas á Tlaxcala, que habian dado muerte á varios españoles. Entre esas tribus se contaba la de los tepeaqueños. Era gente guerrera, valiente y vigorosa, que habia protestado fidelidad al rey de España cuando Hernan Cortés descargó su espada y su rigor sobre los choluleses; pero que al ver

abatidos á los españoles y victoriosos á los mejicanos, volvió á reconocer por monarca al emperador de Méjico. Para alcanzar la gracia del soberano azteca, los tepeaqueños dieron muerte á varios castellanos que, ignorando el movimiento de la capital, marchaban de Veracruz á unirse con Hernan Cortés. Hecho esto, pidieron guarniciones mejicanas; ocuparon el camino entre Veracruz y Tlaxcala para impedir la comunicacion, y llevaron su osadía hasta el grado de hacer algunas correrías por varios pueblecitos de la república.

Tepeaca, que era la capital de la provincia que llevaba su mismo nombre, era entonces ciudad de bastante importancia, situada en la hermosa llanura que se extiende como una alfombra al pié de Orizaba, y que hoy no es mas que una pintoresca aldea (1).

La provincia era grande y muy poblada. Contaba con varias ciudades de importancia, y sus campos se hallaban cultivados con esmero.

Como los tepeaqueños habian jurado espontáneamente vasallaje al rey de España, Hernan Cortés creyó que debia acudir á castigarles como rebeldes, para evitar que otras provincias aliadas siguiesen su ejemplo.

El jóven Jicotencatl, tratando de darle prueba de su gratitud por el rasgo de generosidad que con él habia usado, se ofreció á ayudarle con su ejército, y le instaba á que les llevase la guerra. Cortés aceptó gustoso la oferta, y le manifestó que pronto saldrian á campaña, no solo para castigar á los tepeaqueños como rebeldes, sino tambien para

(1) El nombre propio dado por los indios era *Tepeyacac*; pero los españoles pronunciaban Tepeacá, que es con el que hoy se conoce.

vengar las ofensas que, unidos á los mejicanos, acababan de hacer á la república, saqueando algunas aldeas en sus correrías.

Este interés, manifestado por el general español en favor de los pueblos tlaxcaltecas, acabó de ganarle el aprecio de los jefes del Estado y de todos sus habitantes.

Hernan Cortés se propuso abrir la campaña inmediatamente. El nuevo emperador de Méjico habia enviado numerosas tropas á las fronteras de Tlaxcala, y podian interceptar el camino de Veracruz, impidiendo la llegada de los recursos que esperaba. Era preciso obrar con actividad para evitar que reuniesen mayor número de gente, y tener expeditas las vias de comunicacion con el puerto.

El dia señalado para la marcha llegó. El jóven Jicotencatl, ambicioso de gloria y deseando vengarse de los tepeaqueños y mejicanos, por las últimas incursiones hechas, en que habian saqueado algunos pueblos de Tlaxcala, se presentó á Cortés con un brillante ejército. El caudillo castellano le estrechó la mano afectuosamente y elogió el aire marcial de sus guerreros. El valiente jefe tlaxcalteca parecia empeñado en hacer borrar de la memoria de todos las palabras injuriosas pronunciadas en la junta contra los españoles, y complacerse en hacer la campaña al lado de un general que habia salido victorioso en todas las batallas campales.

Las tropas españolas se formaron frente al cuartel. Eran cuatrocientos veinte soldados, casi todos de espada y rodela, y diez y siete de caballería. Carecian de cañones y de pólvora, y por lo mismo, aun los arcabuceros iban armados de lanza.

El pueblo se agolpó á ver salir al ejército aliado. Brillaba el entusiasmo en todos los semblantes. Al romper la marcha, Hernan Cortés abrazó á los jefes del Estado que habian ido á verle, y la multitud prorumpió en entusiasmas aclamaciones. El camino que llevaban las tropas era pintoresco. Por uno y otro lado se extendian bellísimos maizales y se descubrían por donde quiera que se dirigía la vista, alegres aldeas, rodeadas de copudos árboles.

Gozando con los encantos que presentaba la rica naturaleza, llegó el ejército á Tzinpantzinco, ciudad de Tlaxcala, donde fué recibido con vivas manifestaciones de entusiasmo.

Hernan Cortés y sus compatriotas quedaron gratamente sorprendidos al entrar en la poblacion. En ella les estaban esperando, para reunirse á ellos y marchar contra los tepeaqueños, numerosos escuadrones, enviados por la república de Huexotzinco y Cholula. Llegaban á cerca de cien mil hombres las tropas aliadas allí reunidas.

Dispuesto el orden en que se habia de marchar, el ejército se dirigió hácia la provincia enemiga, formando la descubierta una fuerza de caballería. Al penetrar en el territorio tepeaqueño, los habitantes de una de las poblaciones de la frontera, al ver llegar á los españoles, abandonaron sus casas y huyeron á los montes. La caballería corrió tras ellos y logró capturar á seis labradores. Hernan Cortés les tranquilizó, asegurándoles que no se les haría ningun daño, les trató muy bien y les regaló algunas mantas. Hecho esto, les dijo que estaban en libertad, y les suplicó que desempeñasen fielmente la mision que les iba á encargar. Los indios ofrecieron servirle como deseaba. El general es-

pañol les encargó entonces, que se presentasen á los jefes de la provincia y les dijese, en su nombre, «que se les perdonaria lo pasado, si volvian á la obediencia de España y se separaban de los mejicanos; pero que serian castigados rigurosamente, si se manifestaban hostiles». Los mensajeros desempeñaron lealmente el encargo, y volvieron al siguiente dia con la respuesta. Era ésta dada por el jefe mejicano que mandaba las tropas del imperio, y en ella aconsejaba á Cortés «que se alejase, si no queria que se repitiesen las escenas de la Noche Triste». El general castellano, procurando valerse de todos los medios de persuasion antes de recurrir á las armas, no hizo aprecio de las amenazas ni de los insultos, y les envió, con los mismos mensajeros, un nuevo requerimiento. En él les repetía «que volviesen á la obediencia que habian jurado al monarca de Castilla; que nadie seria castigado por los pasados asesinatos cometidos en los españoles; pero que de no presentarse de paz, se les haría una guerra destructora, serian tratados como traidores al rey, perderian su libertad y serian reducidos á la esclavitud».

Este requerimiento, hecho ante escribano y con acuerdo de todos los capitanes, se les notificó á los enviados por medio de los intérpretes Gerónimo de Aguilar y de Marina, y se les dió una copia por escrito, para que la entregasen á los jefes de la provincia. No se les enviaba el pliego con objeto de que lo leyesen, sino para que no pudiesen disculparse de no haber escuchado su contenido de los labios de los mensajeros (1).

(1) «Y como aquello vió Cortés comunicólo con todos nuestros capitanes y soldados, y fué acordado que se hiciese un auto por ante escribano que diese

No alcanzó mejor éxito el requerimiento en forma, que la súplica primera. Se creían bastante fuertes, y lejos de temer la lucha, la anhelaban, no dudando alcanzar la victoria. Confiando en las excelentes y numerosas tropas mejicanas que tenían, contestaron con insultos. Decían á los españoles, «que les esperaban con impaciencia en el campo de batalla; que allí les darian una leccion mas sangrienta que la que habian recibido en las calles y puentes de Méjico, y que los pocos que se habian salvado de la muerte, caerian prisioneros para ser sacrificados á sus dioses».

Viendo Hernan Cortés que era preciso hacer la guerra, avanzó sobre Zacatepec, lugar de la confederacion de los tepeaqueños. El ejército mejicano y los habitantes de la ciudad esperaron al enemigo en un espacioso campo, rodeado de elevados maizales, donde tenían emboscadas considerables fuerzas (1). El general español sospechó la celada, y al mismo tiempo que acometió á los escuadrones mejicanos que le esperaban de frente, destacó suficientes fuerzas sobre los emboscados, que, al verse descubiertos, se vieron precisados á salir á la llanura. La batalla fué sangrienta. Los mejicanos lucharon con valor extraordinario, pero al fin tuvieron que ceder ante la táctica del caudillo castellano, dejando el campo cubierto de cadáveres. Los tlaxcal-

fé de todo lo pasado, y que se diesen por esclavos á todos los aliados que de Méjico que hubiesen muerto españoles, porque habiendo dado la obediencia á su Majestad, se levantaron... é hecho este auto, envióseles á hacer saber, amonestándolos y requiriendo con la paz.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

(1) Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

tecas, que se habian portado heroicamente, siguieron el alcance de sus contrarios, haciendo en ellos una horrible carnicería. Considerable fué el botin quitado á los vencidos y muy pocas las pérdidas sufridas por los vencedores.

Hernan Cortés, despues de haber dado á la tropa el preciso descanso, siguió su avance sobre Acotzinco, ciudad situada á tres leguas al Sur de Tepeaca. Nuevos ejércitos mejicanos y tepeaqueños le salieron alencuentro. Un combate no menos sangriento que el primero, se trabó inmediatamente. La lucha duró largo tiempo; pero el resultado fué tambien funesto para los mejicanos, que tuvieron que huir perseguidos de cerca por la caballería y las tropas auxiliares, dejando sobre el campo millares de muertos y considerable número de prisioneros en poder de los tlaxcaltecas (1).

Alcanzadas esas dos brillantes victorias, el general español se dirigió á la ciudad de Tepeaca, capital de la provincia del mismo nombre. Las autoridades, anhelando al-

(1) Varios historiadores, dando crédito á cosas que no se debieran poner sin examinarlas detenidamente, dicen que á la siguiente noche de la batalla de Zacatepec, tuvieron los aliados de Hernan Cortés una gran cena con los brazos y piernas de los prisioneros. Herrera, que es uno de los que han creído la anécdota, dice: «Aquella noche tuvieron los indios aliados una gran cena de piernas y brazos; pues además de un número increíble de asados, hechos en asadores de madera, habia cincuenta mil platillos de carne humana preparada de diversas maneras.» (*Historia general*, dec. 2, lib. 10, cap. 15).

No es verosímil que los aliados hubiesen celebrado ese banquete, cuando sabian que el general español desaprobaba los sacrificios y miraba como un crimen la antropofagia. A ser cierto, no hubiera dejado de hacer mención de ello en sus cartas, y mucho menos hubiera dejado de consignarlo Bernal Diaz del Castillo que, en esa materia, suele ser demasiado prolijo.

canzar su gracia, enviaron sus comisionados, solicitando la paz y ofreciendo volver á la obediencia del rey de España.

Hernan Cortés hizo su entrada triunfal al siguiente día, siendo recibido por los jefes de la provincia con las demostraciones del mas profundo respeto y consideracion. Las tropas mejicanas, no contando ya con suficiente número para combatir, abandonaron el territorio, y el país se apresuró á reconocer de nuevo por señor al monarca de Castilla.

Hernan Cortés se manifestó bondadoso con los pueblos que no habian tenido parte en el asesinato de los españoles; pero impuso á los que lo habian cometido, el castigo con que les habia amenazado en el requerimiento. Hecha la informacion, los implicados en el crimen fueron marcados como esclavos con un hierro candente, como era costumbre de aquel siglo, y aun acostumbran hacerlo algunas naciones cultas con los desertores, marcándoles en el rostro una D que les infama (1). El quinto de los castigados se separó para la corona, y el resto se repartió entre los españoles y los aliados (2).

(1) Los Estados Unidos, en la guerra que tuvieron con Méjico en 1847 marcaban á los desertores una D en el carrillo con hierro candente, y despues los ahorcaban si habian tomado parte con el enemigo, colgándolos de un palo y echándoles un lazo corredizo al cuello. Varios desertores irlandeses que habian tomado parte por los mejicanos y formaron una compañía llamada de *San Patricio*, fueron, al caer prisioneros en poder de los norte-americanos, sellados con el hierro candente y ahorcados despues. En Francia se practica actualmente con los que son condenados á galeras.

(2) «Y allí hicieron hacer el hierro con que se habian de herrar los que se tomaban por esclavos, que era una G, que quiere decir guerra.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

Hernan Cortés creyó necesario, como dice en su segunda carta á Carlos V, usar de ese rigor, con el fin de evitar que se repitiesen las rebeliones y los asesinatos en otros españoles; pero, en mi concepto, obró con demasiado rigor. Podrá decirse que la rebelion y el asesinato se castigan con la muerte, pena mas terrible que la que les aplicó; que la esclavitud no debia extrañarles, puesto que estaba establecida en todas las naciones indias, y añadir que de ella podrian salir en breve, como, en efecto, salieron. Pero no por esto dejó de ser muy fuerte la pena. El mismo Hernan Cortés la consideró así, y dice que la tomó como medida rigorosa «para atemorizar, porque de otra manera juzgaba imposible contener los desmanes de los numerosos pueblos» (1). Pero la providencia era contraria á las instrucciones que daban los reyes de España á los descubridores, gobernantes y pobladores de la América, y era imposible que el monarca aprobase la disposicion del caudillo castellano, por muy poderosas que fuesen las razones que expusiera. Desde el principio del descubrimiento del Nuevo Mundo, se manifestaron los Reyes Católicos interesados por el buen trato de los indios. Cuando Cristóbal Colon, despues de una batalla dada á los indios de Santo Domingo, que se habian rebelado, envió á España

(1) «Y por fuerza de armas se tomaron, hice ciertos esclavos, de que se dió el quinto á los oficiales de V. M.; porque demás de haber muerto á los dichos españoles y rebeládose contra el servicio de V. A., comen todos carne humana, por cuya notoriedad no envio á V. M. probanza dello. Y tambien me movió á hacer los dichos esclavos, por poner algun espanto á los de Culúa, y porque tambien hay tanta gente, que si no hiciese grande y cruel castigo en ellos, nunca se enmendarian jamás.»—Seg. carta de Cortés.

trescientos prisioneros, en calidad de esclavos, los soberanos manifestaron públicamente su desaprobacion. La virtuosa reina Isabel se indignó de la providencia dictada, y mandó que inmediatamente fuesen conducidos á su país natal á costa del mismo Colon, ordenando que por motivo ninguno y aunque se sublevasen mil veces, se les privase de la libertad. Su esposo Fernando, para evitar todo abuso, prohibió que se sacase de la isla á ningun indio y se le llevase á Europa, aun cuando fuese con consentimiento de él. El emperador Cárlos V, viendo las diversas opiniones que habia sobre si en determinados casos se debiera ó no ejercer dominio sobre los indios, y despues de consultar con los mas distinguidos jurisconsultos y teólogos, sentenció, en 1517, en favor de los indios, declarándoles enteramente libres de toda esclavitud. Era imposible, por lo mismo, que Cárlos V aprobase la providencia tomada por Cortés, aun cuando pareciese conveniente la medida. Con efecto, la sentencia, á pesar de las razones expuestas, pintando la excepcion de las circunstancias, no fué confirmada por la corona, y los indios recobraron, como era justo, la libertad.

Reducidos á la obediencia los pueblos de la provincia de Tepeaca, Hernan Cortés fijó su cuartel general en la capital del mismo nombre. Estaba situada en un país perfectamente cultivado, cubierto de extensos maizales y de millares de huertas, abundantes en verdura. Era un punto importante para las operaciones militares que proyectaba contra las provincias próximas, feudatarias de la corona de Méjico, y su abundancia de granos proporcionaba al soldado lo necesario á la vida.

El caudillo castellano, á fin de evitar que los mejicanos penetrasen en la provincia y la indujesen á sublevarse de nuevo contra los españoles, levantó algunas fortificaciones, se construyeron los edificios necesarios para la guarnicion, estableció magistrados, y fundada así la villa, la dió el nombre de *Segura de la Frontera*, que no ha conservado, pues lleva hoy, el mismo de Tepeaca.

Mientras Hernan Cortés trabajaba sin descanso por asegurar la tranquilidad de los pueblos tepeaqueños, en Méjico se tomaban activas providencias para oponer una resistencia vigorosa á los españoles, en caso de que trataran de avanzar hácia el interior. Numerosas y aguerridas tropas envió el emperador azteca hácia la frontera y fuertes guarniciones colocó en todas sus plazas. Por desgracia, la conducta de los jefes que se hallaban al frente de esos valientes escuadrones, no guardaban con las provincias sometidas al imperio, las consideraciones que pudieran hacer soportable el yugo. El ejército, lo mismo que los empleados y autoridades aztecas, se manifestaban arrogantes y tiranos con los habitantes, haciéndose odiosos y aborrecibles. Los pueblos feudatarios de la corona, anhelaban sacudir su yugo, y veian en los españoles la manera de romperlo, para mirar garantizada así la honra de sus hijas y de sus esposas, que se hallaba á merced del capricho de los gobernantes aztecas.

Entre esas poblaciones que miraban con odio el dominio de los mejicanos, se contaba la ciudad de Quauhquechollan, hoy Huaquechula. Era una poblacion de treinta mil habitantes, que se hallaba á doce leguas al Sudeste de los cuarteles españoles, no menos fuerte por la naturaleza que